

MIGUEL DE

UNAMUNO

BIOGRAFÍA

Colette y Jean-Claude Rabaté

taurus
T

A Arthur, Gabriel e Inés

PRESENTACIÓN

Yo, a veces, no puedo romper la leyenda que han tejido alrededor de mí. Estoy encapullado, indefenso en ella; y mis historiadores contarán mi vida como el mundo la ha visto, no como la he vivido^[1].

En el otoño de 1936, cuando se intensifican la violencia y la represión de la guerra civil, tal vez después de la sonada celebración del 12 de octubre en Salamanca, llega casi por milagro al rectorado una carta destinada a Miguel de Unamuno. La que escribe esta misiva es una argentina, Delfina Molina de Vedia, quien, alarmada por los rumores muchas veces vagos y deformados del conflicto en la prensa bonaerense, se preocupa por la suerte del catedrático de Salamanca, y termina su carta así:

Cuídate alma mía, piensa que estoy sola, lejos de ti, y piensa en lo que tú representas en mi vida. Recuérdame... que con recordarme sentirás que la máxima prudencia es deber tuyo primordial en estas circunstancias. Espero que al recibo de estas líneas sino ya pacificada España, se halle próxima a estarlo. Te abrazo Miguel^[2].

En esta misma misiva Delfina le escribe que ella es capaz de captar sus más secretas intenciones e incluso le asegura: «Te conozco, sí, alma mía. Te conozco como me conoces tú, con una evidencia que no es cosa de este mundo».

Pero ¿qué sabe exactamente de la vida de Miguel de Unamuno esta señora que durante casi treinta años mantiene correspondencia con él y le declara incansablemente su amor a pesar de la indiferencia y del silencio casi constan-

tes de su destinatario? ¿Qué conoce de la niñez y juventud bilbaínas del anciano ahora recluido en su casa, abrumado por tantos años de polémicas, agobiado por los duelos y que sólo aspira a reunirse con sus seres queridos? ¿Qué recuerda de los hechos y dichos del incansable caballero andante de la palabra y de la pluma que escribió en un día de 1906:

Méteme, Padre Eterno, en tu pecho,
misterioso hogar,
dormiré allí, pues vengo deshecho
del duro bregar (VI, 224).

Es tan difícil abarcar la existencia de quien «no se acuerda de haber nacido», de un ser polifacético, pedagogo, traductor, novelista, ensayista, poeta, dramaturgo, epistológrafo, excursionista y viajero, orador, colaborador asiduo en numerosos periódicos de España y de Hispanoamérica con miles de artículos.

Es una empresa tan ardua adentrarse en una vida de luchas *contra esto y aquello*, en busca incesante y dialéctica de «su» verdad, una vida de crisis permanentes, de combates interiores, de dudas y certidumbres. Es tan complejo aprehender las vivencias íntimas y públicas de un intelectual comprometido que enjuicia el destino y la política de su país durante más de medio siglo y cuyos días transcurren en la confluencia de un siglo XIX que tarda en morir y las promesas frustradas de una nueva centuria, una vida entre dos Españas que empieza cierto día de 1864 en el casco viejo de Bilbao...

CAPÍTULO PRIMERO

ENSUEÑOS DE NIÑEZ Y MOCEDAD (1864-1880)

Mi niñez es la fuente de mis mejores recuerdos. Vuelvo a ella la vista como los pueblos a su infancia oscura. Siento por ella un amor igual al que éstos sienten por su pasado remoto[3].

1. LA INVICTA VILLA

En 1864, durante los últimos y revueltos años del reinado de Isabel II, la *Invicta y Heroica Villa* de Bilbao todavía no se había convertido en la gran urbe industrial de las dos últimas décadas del siglo y aún no se habían producido las profundas transformaciones sociales y demográficas en Vizcaya, y principalmente en la parte izquierda de la ría[4].

El País Vasco está pasando paulatinamente de una economía rural a un sistema industrial, y desde la década de 1840, con la explotación de las minas de hierro a gran escala, empiezan a prosperar las industrias siderúrgicas y metalúrgicas; se funda en 1841 una sociedad anónima, Santa Ana de Bolueta, una novedad en España como los primeros altos hornos. A partir de 1855, el grupo Ibarra afinca su industria en Baracaldo, pero conoce una actividad muy limitada hasta la década de 1880. La implantación en Vizcaya de las primeras industrias no altera las actividades de la burguesía, que siguen siendo ante todo comerciales. Después de la desaparición del privilegio de emisión de moneda que tenía hasta entonces el Banco de San Fernando, se crean varios establecimientos, entre ellos el Banco de Bilbao en 1857; se establecen compañías de seguros, y se inaugura el ferrocarril Tudela-Bilbao para mantener la hegemonía entre los puertos del norte de la Península[5].

Pese a estas primeras transformaciones, la ciudad del Nervión es una urbe tranquila donde conviven los apacibles «chimbos» —apodo dado a sus habitantes— en un ambien-

te familiar, sin demasiadas tensiones ni conflictos. En el casco viejo o Siete Calles, «núcleo germinal de la ciudad», residen como en tiempos pasados las tradicionales clases medias, mercantiles y acomodadas. Allí se alzan los más emblemáticos edificios públicos: el Ayuntamiento, el Teatro de la Villa, el hospital de Achuri, y la Alhóndiga, donde se concentra desde tiempos remotos el poder económico, social y político-administrativo de la ciudad.

Desde finales del siglo XVIII, Bilbao impresiona a los visitantes por su ubicación a orillas del Nervión, «río de las delicias y riqueza de la villa», por la limpieza de sus calles bien empedradas, la belleza de sus edificios altos y soberbios, sus abundantes almacenes, sus huertas variadas, su clima suave y unos alrededores poblados de robles[6]. En la centuria siguiente, tan limpia está la ciudad que se merece el nombre de «tacita de plata»[7]. Las calles no solamente se barren y limpian; se lavan con el agua que corre de los caños por las Siete Calles.

La ciudad del Nervión también tiene una vida cultural ilustrada por la presencia de teatros y bibliotecas. La vitalidad comercial es notable; las fiestas, sencillas pero bulliciosas y alegres; la carne y la caza, muy variadas; los pescados, riquísimos; verduras y frutas en abundancia adornan los puestos de los mercados.

A mediados del siglo, el recinto del Bilbao histórico queda estrecho y las murallas dificultan el irreprimible desarrollo de la villa. En 1860, ésta cuenta con unos 18.000 vecinos y pronto se plantea de manera candente la cuestión del ensanche, de modo que, al año siguiente, se elabora un primer plan, diseñado por Amado Lázaro, ingeniero provincial de Vizcaya. El proyecto prevé una ciudad maravillosa, con una espaciosa Gran Vía de 50 metros, y calles con anchura mínima de 20 para que el sol pueda alcanzar las habitaciones de abajo. Pero este proyecto fracasa pues despierta numerosas críticas y el Ayuntamiento pronto se percata de los altísimos costos de las expropiaciones. Finalmente, la ciudad no conoce cambios significativos durante tres décadas,

aunque se elabora en 1876 un nuevo plan urbanístico después de la aprobación de los ensanches de Madrid y Barcelona en 1860, y de San Sebastián en 1864.

Bilbao, que vivió la ocupación francesa entre los años 1808 y 1813, sufre dos sitios durante la primera guerra carlista. El 13 de junio de 1835, Tomás de Zumalacárregui, obedeciendo al pretendiente al trono, Carlos María Isidro de Borbón, sitia la ciudad que se niega a rendirse. El general carlista, herido durante el sitio, muere el día de San Juan y a raíz de esta desaparición, las tropas cristinas de Baldomero Espartero liberan a la ciudad el 4 de julio. Otro sitio de 43 días afecta a la ciudad del Nervión en los últimos meses de 1836, pero no se rinde, permaneciendo leal a las tropas de María Cristina; queda libre después de la batalla de Luchana, en la que resulta victorioso el general Espartero el día de Nochebuena y recibe entonces el prestigioso título de *Noble y Muy Leal Invicta Villa* por su heroica resistencia[8].

En esta ciudad de pasado glorioso, baluarte de la causa liberal y vuelta hacia un porvenir económico esperanzador, se establece después de la primera guerra carlista la familia Unamuno, oriunda del histórico pueblo de Vergara.

2. «LAS NIEBLAS DE LA INFANCIA»

A principios de la década de 1860, en el pintoresco barrio de Siete Calles, y más precisamente en el número 16 de la calle de la Ronda, que corre por la parte exterior de la muralla, se establecen los recién casados don Félix María de Unamuno y Larraza y su sobrina carnal, María Salomé Crispina de Jugo y Unamuno. A primera vista, los dos cónyuges son más bien dispares tanto por sus vivencias como por la diferencia de edad, pues Félix, tío paterno de Salomé, le lleva 17 años.

Nacido en 1823, Félix María, hijo de don Melchor Jesús de Unamuno, confitero en Vergara, y de Josefa Ignacia de Larraza y Azarola, ha descubierto anchos horizontes pues,

como otros tantos chicos vascongados y de todo el litoral cantábrico —entre ellos sus tres hermanos—, se fue de casa jovencito para «hacer su América». Se estableció en la ciudad mexicana de Tepic, donde consiguió reunir un pequeño caudal antes de regresar a Bilbao para «montar una industria», arrendando en 1859 una caseta en la Plaza Vieja de la villa. El mismo año presentó un expediente para utilizar el agua del Uzorta en el horno de panadería con «el sistema Rolland» en la casa número 41 del barrio de Achuri[9], y en 1866 solicitó del Ayuntamiento la concesión de un puesto de pan en los soportales de la Plaza Vieja[10].

A diferencia de este «indiano» o «americano», María Salomé Crispina, que ve el día en 1840, no ha contemplado más cielos que los de su Bilbao natal y a los catorce años queda huérfana de padre. Pero si bien no ha vivido las aventuras americanas de su esposo, no desconoce el turbulento pasado familiar, particularmente el de su madre, Benita Unamuno y Larraza, dueña con su esposo de una confitería llamada «La Vergaresa». Esta hermana de Félix tuvo que abandonar con su familia la ciudad de Vergara en 1835 durante la primera guerra carlista y vivió los dos sitios de Bilbao que «retemplaron su alma» y fortalecieron sus convicciones liberales. Además, Benita, casada en primeras nupcias con José Antonio de Jugo y Elezcano, ha vuelto a contraer matrimonio con José Narbaiza.

En 1864, Félix y Salomé tienen una hija, María Felisa, nacida en 1861, pues la segunda, María Jesusa, había muerto el año anterior. A finales de septiembre, concretamente el día 29, nace el primer varón, en «lo más lúgubre y sombrío del sombrío Bilbao, en una calle, amasada en humedad y sombras, donde la luz no entra, sino derritiéndose» (I, 170). El párroco don Pascual de Zuazo le impone el nombre de Miguel, santo del día, y el bautismo se celebra al atardecer del mismo día en la iglesia parroquial de los Santos Juanes, de estilo barroco, en la cercana calle de la Cruz. Los padrinos del recién nacido son sus tíos Félix de Aranzadi, natural de Vergara, y Valentina de Unamuno, vergaresa también,

siendo testigos los sacristanes Ramón de Arrugaeta y Lucas de Ayesta.

En la partida de nacimiento del niño sólo figura el nombre de pila del arcángel, nombre predestinado «porque llamarse Miguel, por vía de Providencia, obliga a algo al que hace una espada de su pluma y se mete a pelear con el pandemónium» (VIII, 1161).

Algunos meses más tarde, «mamoncillo aún», Miguel se traslada con su familia al segundo piso derecha del número 7 de la calle de la Cruz, a «una casa de vecindad, de ocho vecinos, cuatro pisos con dos viviendas dobles, de derecha e izquierda, aparte de los bajos». Su tío, Félix de Aranzadi, ocupa la lóbrega lonja de una chocolatería en el bajo. Es la casa del mirador, un balcón cerrado que pertenece a la parte reservada de la casa, al santuario. Allí aprende a balbucir en castellano, idioma que se habla en su casa, «pero castellano de Bilbao, es decir un castellano pobre y tímido, un castellano en mantillas, no pocas veces una mala traducción del vascuence» (VIII, 941).

Su padre es panadero y comerciante de harinas, y la familia vive con cierta holgura. Al niño le deja indiferente la Revolución de Septiembre de 1868, en la que las tropas dirigidas por el general Serrano derrotan en Córdoba a las gubernamentales en el Puente de Alcolea, obligando a la reina Isabel II a cruzar la frontera. Sin embargo, este acontecimiento tiene consecuencias perceptibles en su familia ya que el 9 de noviembre de 1868 un decreto publicado en la *Gaceta de Madrid* establece el sufragio universal para los varones mayores de 25 años. Su padre, don Félix, se presenta como candidato cuando se convocan elecciones municipales los días 19, 20 y 21 de diciembre de 1868 y es elegido concejal liberal del Ayuntamiento de Bilbao por el distrito de San Juan con 120 votos[11].

El 14 de julio de 1870, la muerte irrumpe por primera vez en el universo pacífico y feliz del chico, pues fallece intestado su padre a los 47 años «de enfermedad de tisis pulmonar» en el balneario de Urberuaga, sito en la parroquia de Marquina, después de recibir los santos sacramentos de

penitencia, sagrada eucaristía y extremaunción del cura párroco Miguel Joaquín de Bascaran^[12]. El tutor de los niños es su tío Félix de Aranzadi, padrino de Miguel.

Don Félix descansa en el camposanto de Mallona, primer cementerio «civil» de Bilbao, construido fuera del recinto de las iglesias, al que se sube por unas pronunciadas y anchas escaleras, las Calzadas de Mallona. En el mismo sitio, unos meses antes, Bilbao había honrado a sus muertos, 35 años después de su heroica defensa, levantando por suscripción popular un monumental mausoleo inaugurado en mayo de 1870 en homenaje a las víctimas de los dos asedios de la guerra de los Siete Años.

Miguel sólo conserva de su padre «un vago recuerdo, esfumado en niebla», quizá gracias a los retratos que se encuentran en las paredes de su casa, y sólo el paso de los años le permite reconstruir la figura de un «autodidacto que se había hecho a sí mismo, lejos de su tierra natal y respirando aires de libertad y de liberalismo» (VIII, 420). Además, la memoria del difunto se vincula con la existencia de la biblioteca y el descubrimiento del francés:

Recuerdo de un cierto momento en que le oí hablar con otro una lengua para mí entonces extraña: el francés. ¡Lo que heriría mi imaginación infantil esto! Pero tampoco puedo decir que mi padre no hubiese influido en la formación de mi espíritu. Y no sólo por el ambiente que dejara en mi casa y por lo que de él oí contar en ella y fuera de ella, sino, sobre todo, y principalmente, por la pequeña biblioteca doméstica que él formó, y en la que se formó no poco de mi espíritu (VIII, 419).

Tras este fallecimiento prematuro, el ambiente del hogar se vuelve siniestro y pesado, pues ronda de nuevo la muerte: al año siguiente, fallece María Mercedes Higinia, la sexta de los hijos de la pareja, con apenas un año. En esa casa afectada por la desgracia, no es de extrañar que su madre busque el consuelo de la religión, viuda a los 30 años, vestida siempre de luto riguroso, figura hierática de mirada triste y perdida, marcada además por la muerte de dos de

sus hijas. Pero es también una mujer enérgica y una madre atenta que ha estudiado el francés en un colegio de Bayona y que vela por los estudios de sus cuatro hijos, María Felisa, Miguel, Félix Gabriel y Susana Presentación, nacidos durante los diez años de su breve matrimonio. Así que Miguel crece, arrullado por «los ecos lejanos de la letanía casera y maternal», mimado por la abuela materna Benita, también viuda. Le resultará difícil olvidar que en su casa no hubo hombre ni sobre todo matrimonio, y comprueba con el tiempo que «la suma austeridad se da en el hogar de una viuda»^[13].

A pesar de todo, la vida cotidiana de Miguel, como la de muchos de sus compañeros, viene marcada por un calendario sentimental y festivo que desgrana las diferentes celebraciones y los rituales religiosos al compás de la vida de la ciudad y de las estaciones. La misa de Candelas, a la que acude «con la velita rizada», abre las festividades; los desfiles callejeros del Carnaval no le agradan mucho, y parece que le dan miedo los bailes de máscaras *barragarris*. En cambio, para Semana Santa, apenas despachada la cena, Miguel se entretiene contemplando desde los balcones de las casas viejas del barrio de Siete Calles las pintorescas procesiones con los *bultos* o pasos sostenidos por unos muchachos con bota de vino. Le impresionan algunas tallas, con sus posturas contorsionadas, sus rostros deformados o grotescos; se queda encandilado frente a las luces de los cirios y de los farolillos y más de una vez, envidia a los hijos de los portadores que pueden acercarse a los pasos como el de la Pasión. Con la procesión del Corpus que señala la primavera, puede admirar los castaños en flor de la plaza del Arenal y embriagarse con el perfume del tilo que se alza junto a la iglesia de San Nicolás. ¡Qué gusto le da ver pasar el palio, «la basílica», al son del tintinábulo y de los motetes, bajo los pétalos de rosas que lanzan las mujeres y los niños desde los balcones! Durante las fiestas de agosto, el chico disfruta viendo, oliendo y tocando los gigantes don Terencio y doña Tomasa, que bailan al son alegre del tamboril y el pito, pero se lleva un chasco cuando le

dicen que dentro van los barrenderos. Le asombra también la india, gigantona de hermosa tez y lindos ojazos, pero ésta acaba deteriorada por una *cloruritis* (I, 95-100). El día de Difuntos y la visita al cementerio de Mallona, cuyas escaleras se divisan desde la casa, señalan la vuelta de los recuerdos tristes de los desaparecidos y los días más cortos y aburridos. Con la celebración de la Navidad, vuelven los días amenos, sobre todo cuando reciben la visita de un lejano pariente, esperada con impaciencia por Miguel y sus hermanos. Entonces, se rompe la vida monótona de «una familia vascongada de austerísimas costumbres, con cierto tinte cuáquero» (IX, 816). Para Reyes y el Año Nuevo, los niños están en ascuas, comen más deprisa y hasta renuncian a los postres porque sólo les interesa descubrir la sorpresa del aguinaldo (VIII, 125-128). En otras ocasiones muy contadas, Miguel consigue evadirse del ambiente pesado del hogar gracias al teatro y le emociona sobre todo el espectáculo de *Los pobres de Madrid*, pues el escenario dentro del escenario le hace el efecto de un teatro en el teatro y le abre los ojos (VIII, 128-129). Pero estos breves momentos de diversión no consiguen amenizar la vida familiar, y el ambiente religioso lo contagia todo.

En el hogar, las demostraciones de cariño casi no existen y la vida es tan austera que su recuerdo cala hondo en el niño y en el adolescente, que lo confía a sus cuadernillos:

En esto que llaman clase media todo es triste, la vida contradicción y lucha y como se procura matar el instinto, el hogar no es hogar ni la familia familia.

Yo me he criado en una familia de puritanos, sequedad y fórmula, así es que mis afectos son afectos profundos pero secos, mi afición la lógica, y mi deseo un deseo que ni se ve ni se palpa, he mamado con la leche el escepticismo[14].

Parece que vive en un mundo distinto del de sus hermanas, la mayor María Felisa, y la menor Susana Presentación, pero es de suponer que comparte con su hermano menor, Félix José Gabriel, los juegos de su edad. En cambio, la

descripción de Bilbao y de los años del colegio es mucho menos nebulosa.

3. RECUERDOS DE UN COLEGIAL SOÑADOR

Conforme van pasando los años, el niño «endebled (aunque nunca enfermo), taciturno y melancólico» descubre su ciudad y se arraiga cada vez más en «su bochito», llamado entrañablemente así a imagen del agujero donde juegan a las canicas los muchachos bilbaínos. Pero pocas veces traspasa los límites de su barrio: se forja entonces una geografía sentimental circunscrita a la manzana comprendida entre las calles de la Cruz, Sombrerería, Correo y Matadero (hoy Banco de España), la manzana en cuyo centro está el matadero (I, 170).

El colegial se pasa largos momentos soñando y observando desde la atalaya de su mirador el espectáculo de las calles: la entrada de la lóbrega calle de la Ronda, que huele a vino de bodega, y casi enfrente del mirador, la iglesia de los Santos Juanes y contigua al templo, la Casa de Misericordia. Frente a frente, le extraña un piso misterioso, siempre cerrado, donde entran de tapadillo hombres clandestinos que, al parecer, pertenecen a una logia masónica; echa de vez en cuando una ojeada más allá, fuera de la calle, hacia una plaza donde se alza el Instituto Vizcaíno, «templo del saber oficial»; clava a menudo los ojos, pensativo, en las calzadas cercanas que llevan al cementerio de Mallona y al santuario de Nuestra Señora de Begoña. A veces, su mirada se escapa hacia el alto de Miravilla que cierra el horizonte celeste con el rojizo color de sus minas de hierro y algunas nubes blandas (VIII, 270).

Pero, en otros momentos, sale de su aislamiento y soledad para reunirse con sus compañeros en otros sitios más concurridos por los bilbaínos. Uno de sus lugares predilectos es el paseo de Los Caños, «paseo de beatas, filósofos y enamorados», sitio legendario, poblado de hayas, chopos, álamos, robles, un lugar fresco, a orillas del rumor del río,

ameno en verano, bañado por el sol en invierno y adornado por dos fuentes. Entre los niños corre una leyenda y se creen a pies juntillas que las huellas que se van borrando en el suelo son las dejadas por sendos pies del Ángel y del Diablo después de apostar a quién saltaba más desde la otra orilla. Algunos se divierten de lo lindo poniéndose en las pisadas, sobre todo en la que figura un pie grosero, grande y feo. Más allá, imaginan que las grandes manchas negras que cubren el suelo son restos de la sangre coagulada de un rey decapitado durante una batalla entre cristianos y moros. A veces, se cruzan con niños de la calle que se han escapado para nadar en los caños y a quienes motejan «farolines». Entre semana, por la mañana, se cruzan con los vendedores ambulantes que animan las calles con sus pregones: algunos mozos procedentes de la provincia de Santander, gritan «¡Se componen cestos y sillas!»; otros, de la parte de Galicia, que llevan alrededor del cuello una sarta de herramientas y el berbiquí vocean «¡Se reparan platos, fuentes, barreñones!», mientras unos canturrean «Se componen paraguas y *sombriyas*». La voz del afilador, muchas veces un italiano, resuena en las esquinas y lo sigue el pregonero con la gorra en la mano y un altavoz para difundir las últimas noticias de la villa[15].

Durante los largos recreos de media hora o más, los colegiales suelen acudir a la Plaza Nueva, lugar predilecto de Miguel a menudo vinculado a «las tristonas tardes de terco sirimiri» y sus soportales son «un refugio para cuando el cielo llora»[16]. En cambio, en la primavera, con su estanque en el centro y las magnolias que embalsaman el aire, la plaza queda muy atractiva con el café Suizo, el más antiguo de Bilbao, fundado por el helvético Francisco Matossi en 1813, y en una de sus entradas, que da a la calle Correo, se ha puesto una confitería o pastelería[17].

Asimismo, el Arenal con su vegetación frondosa, sus sendas sinuosas y sus tres estanques es un sitio privilegiado para los juegos infantiles; en mayo, los colegiales se divierten apedreando las flores blancas de los altos castaños de Indias o sacudiendo los arbolitos de tronco flexible para